

**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**  
ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA

**EL MICRO: UN DEPORTE DE TODOS Y PARA TODOS**  
TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE  
PROFESIONAL EN PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA

**PRESENTADO POR**  
GERMÁN ANDRÉS ROZO CARREÑO

**DIRECTOR**  
RONNY SUÁREZ

**SEMESTRE II, 2012**

# ÍNDICE

Introducción.....	2
I. El Tabora, la tierra de los expertos del balón.....	3
II. Los Burros no comen 'pasto' en El Tabora.....	14
III. El microfútbol que se juega con los ojos del corazón.....	21



# Introducción

Según estudios realizados por la Federación Colombiana de Fútbol de Salón, en Colombia existen al menos 1.2 millones de jugadores de microfútbol, de los cuales una cuarta parte (300.000, aproximadamente) se encuentra en Bogotá. Tan sólo en la capital del país se juegan un fin de semana más de 2.000 partidos oficiales y su liga es una de las más competitivas a nivel nacional. Basta con un par de tenis, un combo de buenos amigos y un balón pequeño para armar lo que se conoce popularmente como un 'picadito de micro'. Tanto ha sido el furor de esta particular disciplina que empresarios y amantes del balompié se encargan de organizar torneos en los que hasta mil equipos han participado.

La pasión de algunos ha sido tan fuerte y tan intensa que han convertido esta práctica popular

en una carrera profesional. Tal es el caso de jugadores como John Pinilla, John Fredy Celis o William Estupiñán, quienes creyeron en su talento y le dieron a Colombia la alegría de



coronarse campeones mundiales en el 2011.

A continuación presento tres crónicas que retratarán de cerca la popularidad del microfútbol en la ciudad de Bogotá. Son más de 50 años de un deporte que llegó al país gracias al doctor Jaime Arroyave Rendón pero que en cuarenta minutos se reinventa en los pies de los 'micreros' bogotanos.

Póngase los 'cortos', las canilleras y unos buenos tenis de goma, y acompáñeme en este recorrido por el inigualable mundo del "micro", ¡un deporte de todos y para todos!

# El Tabora, la tierra de los expertos del balón

*Pocos torneos en la ciudad cuentan con la tradición y el prestigio que tiene el de 'Marcas' en el Barrio Tabora. Allí no se improvisa; todos los equipos tienen entre sus nóminas jugadores de gran jerarquía que compiten por coronarse campeones del que puede ser el certamen más competitivo de Bogotá.*

Durante los primeros meses del año algo inusual pasa en el barrio El Tabora, una comunidad de estrato dos, de aproximadamente 2.000 habitantes incrustada en el noroccidente de Bogotá. Son las 6:30 p.m. de un martes como cualquier otro y cinco jóvenes se toman la cancha de microfútbol de la zona. Custodiado por la iglesia San Juan de Mata, pareciera que el terreno de juego se transforma en un campo sagrado al que sólo los bienaventurados del balón tienen acceso. La gran cruz que tiene el templo en su fachada brilla con un destello sin igual, un gran resplandor que pareciera cobijar con buena energía a todo aquel que se acerca. Su imponente tamaño y la gruesa madera de la que está compuesto este símbolo cristiano, dan a entender a los peregrinos que



pasan por allí que no es un lugar cualquiera.

Alejándome de cualquier predisposición religiosa, arribo al lugar de los hechos en busca de los famosos partidos de micro de El Tabora. Al llegar al escenario, un

joven moreno, de un metro ochenta de estatura, una figura delgada y cara de pocos amigos por el palillo que ondula de lado a lado en su boca; me recibe diciéndome que sólo aquellos inscritos al torneo tienen derecho a estar dentro de la cancha. Después de acomodarse su gorra roja, la cual exhibe como si se tratara de un trofeo, me indica con su aguda voz que me aleje por lo menos unos cuantos metros para poder limpiar el lugar.

Mientras discuto con el 'Loco' Moreno, como lo llaman los jóvenes que lo acompañan, por las razones que tiene para no dejarme estar en el centro del legendario escenario, veo a un señor delgado, de unos 50 años de edad y unas gafas que reflejan el cansancio del día, acercándose apresuradamente a la cancha con un amplificador en sus hombros. El frío tiene tanto impacto en el curioso hombre que toda su vestimenta va de acuerdo a la época invernal por la que atraviesa el país.

No le falta nada: tiene guantes de lana, bufanda gris y un blazer bien abrigado por si la temperatura desciende con el paso de la noche. No han pasado más de cinco minutos y el hombre, del que pocos conocen su nombre, ya tiene instalado en una esquina un arcaico, pero completo sistema de sonido. A ritmo de reggaetón y merengue, los jóvenes que se habían tomado la cancha de 'micro' empiezan a traer un par de mesas y una soga con la que acordonan el área como si se tratara de un lugar donde se llevan a cabo rituales medievales o ceremonias religiosas.

La parafernalia, sin embargo, poco llama la atención de los desprevenidos transeúntes. Para la gran mayoría de vecinos ya es algo cotidiano y en ocasiones hasta de poco interés. El 'Loco' Moreno y sus secuaces parecen conocer el procedimiento de memoria ya que en menos de 15 minutos tienen todo listo para la acción.

Al menor descuido, descubro que el terreno de juego se transformó, ya hay cinco motos y cuatro taxis estacionados justo al frente de la iglesia de San Juan de Mata -la que pareciera ser el templo donde



los micreros encuentran protección y prosperidad. Lo curioso del caso es que cada uno, sin excepción, ingresa a la parroquia en busca de algún tipo de ventaja o ayuda celestial. Es evidente que todos son jugadores de microfútbol. Los pantalones cortos, las medias largas, los botines de suela de goma y las

camisetas de clubes europeos con logos de tiendas del barrio, los delatan. Aquellos números emblemáticos de los grandes jugadores del fútbol mundial, pasan a ser utilizados por aquellos que llegan para jugar en el barrio. El '10' de Lionel Messi con el Barcelona pasó a manos del 'Enano' en el equipo 'Kepar', mientras que la casaca número '9' del artillero francés Karim Benzema, ahora es del calvo López, en el quinteto de 'Refry'.

Me acerco cautelosamente a uno de los deportistas de turno en busca de alguna opinión sobre el torneo. No tengo éxito. No era el momento para hablar con ellos ya que la concentración y el hermetismo son tan fuertes que ni un desastre natural los distraería. Me percató entonces de la importancia del momento, estoy inmerso en un lugar sacro, un espacio y un tiempo que tiene una importancia significativa para estos deportistas.

Prefiero alejarme. Con el ánimo en el piso, regreso ignorado a una de las esquinas de la cancha para ver qué está pasando. En un abrir y cerrar de ojos, mesas ocupadas por tres jueces engalanan el lugar. Hasta el recio personaje que había instalado la consola de sonido, bajó el volumen de la música y tomó el rol de animador para dar la bienvenida a lo que todos esperan: el 'Torneo de Marcas' del barrio El Tabora.

El improvisado discjockey me intriga. Por eso me acerco para conocerlo mejor y entender su trabajo en el torneo. Sin decirme su apellido, Javier Esteban apaga por un segundo la música -que había vuelto a explotar en reggaetón- para, por fin, hacerme sentir uno más.

Javier no es ni más ni menos que el narrador oficial de la fiesta, el encargado de animar con comentarios y música, partidos malos, buenos y regulares.



Javier también carga una botella de agua y una hojita de papel en la que anota las nóminas de los equipos que tienen partidos programados; se sabe al derecho y al revés las normas del fútbol de salón y hace parte del comité organizador

del torneo. Ese impenetrable hombre, que llega corriendo y del que pocos conocen su nombre y su cargo, es un experto en el mundo del 'micro'.

## Una historia que perdura con los años

Javier Esteban no titubea y afirma con la certeza de un buen remate al arco que El Tabora es un barrio de mucha tradición 'micrera' en la ciudad. Relata que hace más de 25 años el campeonato se jugaba a varias cuadras de distancia, pero era un torneo de barrio sin mayor renombre. Lo particular era que muchos de los jugadores de prestigio se tomaban el trabajo de venir al norte para disputarlo.

Después de tomar un poco más de agua, arreglarse el peinado y el nudo de la corbata, Javier me aclara que los campeonatos de mayor nivel en Bogotá se juegan en el sur. Según él, muchos de los 'cracks' con la pelota le tenían cierto repudio a venir a esta zona.



Con el paso de los años el torneo se fue volviendo popular y muchos de los reacios a empezar a disputar la ahora prestigiosa competición. De hecho, jugadores

que militaron en las diferentes ligas departamentales e hicieron parte de selecciones Colombia se esforzaron por conseguir un cupo. Gracias a ellos este, el Torneo de 'Marcas', no es uno más.

De súbito apareció en mi cabeza una pregunta que no tenía presupuestada, pero que Javier me podía responder: ¿qué quiere decir 'Torneo de 'Marcas'? Justo en ese momento el 'Loco' Moreno me interrumpe para presentarme a Elber Becerra. Este personaje, quien no mide más de un metro con setenta centímetros, se introduce como el organizador del certamen. Quizás él pueda responder mejor mi duda sobre el particular nombre e incluso algunas más.

Becerra me invitó a la cigarrería más cercana, para dialogar sin el ruido de la consola de Javier. El establecimiento se llama 'Real Bogotá', igual que uno de los equipos más importantes en el torneo. Cruzamos un par de palabras de cortesía, antes de entrar en materia.

¿Por qué se llama Torneo de 'Marcas'?, le pregunté. Sin vacilar, y como si lo hubiera memorizado hace años, Becerra contestó: "Un torneo de Marcas es un campeonato en el que participa la elite del microfútbol en Bogotá. Hay muy pocos de su estilo y la gente tiende a confundirlo con un simple torneo de barrio. Aquí hay jugadores que están en el rentado profesional, las personas que compiten acá son las mejores en esta disciplina".

Antes de lanzarle una nueva pregunta, el primer silbatazo de la tarde nos interrumpe. La programación está próxima a empezar y Elber recoge un par de papeles que tenía sobre la mesa y me dice que salgamos a ver la crema y nata de este deporte.

## **Volviendo al terreno de juego...**

Apenas regresamos a la cancha me impacté con lo que vi. Lo que yo pensaba que era un simple campeonato de barrio no lo era. Me doy cuenta de que este no es un evento organizado de la noche a la mañana. Mientras los dos primeros equipos se preparan, Elber me cuenta que para que este sea un 'Torneo de

Marcas' tiene que estar avalado por la Federación Colombiana de Fútbol de Salón. Cada equipo debe tener su respectivo uniforme y debe por reglamentación tener al día sus pagos de



inscripción y arbitraje, así como sus jugadores deben estar debidamente carnetizados.

Es inevitable hacer la comparación entre este certamen y el rentado del Fútbol Profesional Colombiano, donde los problemas de corrupción y desorganización

no dejan de ser los titulares en las noticias y periódicos de la ciudad. Una pequeña sonrisa delata mi comparación mental.

Mientras los deportistas vienen hacia Becerra, que como organizador tiene que recibir la respectiva documentación de los equipos que están por jugar, aprovecho para hablar con Jesid Gómez, figura ofensiva del equipo que emplea en su uniforme los colores del Manchester United de Inglaterra.

Jesid me cuenta que participar en el Tabora es todo un privilegio para él, en lo deportivo y lo profesional. “Este es un torneo con prestigio e historia no lo juega cualquiera. Sé que en la cancha voy a verme frente a frente con los mejores jugadores de Bogotá y para eso he entrenado fuertemente”, me cuenta distraído mientras espera a sus compañeros de equipo.

¡Y claro! Jesid tiene razón al decir que enfrentará a los mejores de la capital; en esta primera edición del certamen como Torneo de ‘Marcas’, varios de los jugadores que se coronaron campeones mundiales en el 2011 estarán participando. Y no es para menos: el torneo reparte una bolsa de dos millones y medio de pesos al equipo que logre quedarse con la victoria y el honor de ganar en una competencia en la que participan 41 equipos, todos de altísimo nivel; eso es algo que supera cualquier premio monetario.

‘Real Bogotá’ es el equipo que cuenta con los ‘magos’ que lograron la hazaña de

levantar la copa mundial de microfútbol el año pasado en territorio colombiano. En sus filas militan los habilidosos John Jairo Pinilla, John Celis, William Estupiñán, Diego Abril, Juan Carlos



Soto y Carlos Santofimio, entre otras estrellas que componen este gran elenco. Tanto Elber como Jesid coinciden en que tener grupos de este talante hace que el torneo del Tabora sea único. “La posibilidad de enfrentar a los campeones mundiales sólo se tiene al venir acá”, afirma Gómez emocionado.

Mientras dialogo con Jesid me percató del inicio de los partidos que están programados para la noche. Me acerco poco a poco a la cancha ansioso, pero cauteloso por las expectativas que me generaron quienes me contaron sobre el torneo. Sin lugar a dudas, ninguna de las personas con las que hablé hasta el momento estaba equivocada. Van diez minutos del segundo partido programado y ambos equipos parecen jugar de memoria. Uno, dos, tres y hasta cuatro pases seguidos sin fallar y perder el balón marcan el ritmo y el compás de cada uno de los elencos que disputan la batalla campal. Los arqueros levantan los brazos dando instrucciones como si se trataran de imponentes generales de guerra que guían a sus soldados.

Recuerdo el micro que alguna vez jugué con mis amigos del barrio. Me da un poco de risa comparar el nivel de estos pequeños 'pibes' con el mío y el de mis "micreros". El balón se nos salía constantemente de la cancha, no éramos capaces de hacer más de tres pases bien y bueno... nuestro dominio de la esférica era más cuestión de pasión que de técnica. En cambio, estos conjuntos que participan en El Tabora llevan años entrenando juntos; su manejo de la diminuta, pero pesada pelota es magistral y los árbitros casi no tienen que detener sus cronómetros porque sencillamente estos quintetos siempre



mantienen la 'pecosa' dentro del terreno de juego.

Ya ha entrado la noche y he visto varios partidos. Me llama la atención el constante roce entre los jugadores. Lo que me inquieta

no es la fuerza con la que chocan unos con otros, sino el ver cómo la violencia es algo ajeno a este torneo. Le transmito mi asombro a Becerra, quien me dice tranquilamente que la disciplina y el buen comportamiento de los jugadores fuera y dentro de la cancha es algo de lo que se siente orgulloso al organizar este 'Torneo de Marcas'. El micro, al igual que otros deportes, es sencillamente un juego y las malas palabras y las acciones malintencionadas no tienen porqué ser parte de este.

Viendo el partido entre 'Importaciones Holider' y 'Refrey' me doy cuenta del profesionalismo de los árbitros que fiscalizan las acciones del evento. Becerra se acerca al lugar en el que me encuentro y me susurra al oído: "Ese que está pitando es Alonso Martínez". Este réferi no es cualquier réferi; según lo que me cuentan algunos 'micreros' que calientan al costado oriental de la cancha, Martínez es uno de los delegados de la Federación de Fútbol de Salón y fue parte de varias ternas que estuvieron pitando durante el mundial de la disciplina el año pasado. Sin lugar a dudas, el Tabora tiene el valor agregado de un arbitraje de primer nivel.

Mientras converso con estos jugadores escucho al locutor decir que "el partido estelar de las 9:20 pm estará de infarto". Sin entender bien a qué se refería, le pregunto a uno de los jugadores con los que conversaba por qué es tan especial ese cotejo. La respuesta es sencilla: se enfrentan Real Bogotá y Lanús FC.

## **El Tabora seduce a los campeones mundiales**

Alisto mi grabadora porque sé que en cuestión de minutos aparecerán los campeones mundiales en el Tabora. Mientras reviso que todo esté en orden para obtener una que otra declaración de estos 'fenómenos', Elber se acerca a decirme que los jugadores de Real Bogotá están llegando a



la iglesia de la zona. Levanto la mirada en busca de un bus como el que tiene la selección Colombia de Fútbol o por lo menos una camioneta de esas que transportan ejecutivos o gente importante a sus eventos. Para mi sorpresa y para el agrado de aquellos cientos que se aglutinaron en los alrededores de la cancha, Celis y Estupiñán, ambos campeones mundiales con el combinado nacional, llegan al Tabora como personas comunes y corrientes. Sus vestimentas no tienen nada de particular. Cada uno con una sudadera de Federación de

Fútbol de Salón y una camiseta dorada. Son sus únicos pergaminos al entrar a la cancha.

Al verlos tan abiertos y dados a su público, me motivo a preguntarles por su participación en el 'Torneo de Marcas' del Tabora. Para William Estupiñán es indispensable en su constante formación como profesional del microfútbol. Cuando le pregunté por su experiencia, me respondió con orgullo: "En lo personal venir acá es un honor. Grandes generaciones de deportistas han pasado por este torneo y la experiencia que han adquirido es única. Para nuestro equipo es un excelente fogueo para las competencias profesionales o internacionales. Daré lo mejor de mi acá para que Real Bogotá pueda coronarse campeón".

Minutos después de haber dialogado con los jugadores de la prestigiosa escuadra bogotana, los veo listos para saltar al terreno de juego. Ante ellos está Lanús F.C., un equipo que no tiene grandes nombres entre sus filas, pero sí algo que distingue a cualquier equipo que dispute un partido contra la selección Colombia:

hambre de  
victoria y  
gloria.

El partido es  
intenso en el  
comienzo.

Lanús no tiene  
nada que  
perder y por  
eso ataca de  
manera  
constante por  
los costados.



Sin embargo, el sistema defensivo de Celis y compañía hace que la misión de los contrarios sea algo imposible. Sin mayores esfuerzos Real Bogotá pasa de defenderse a atacar y consigue su primera anotación de la noche. El público se emociona, pero para estas estrellas el marcar un gol o jugar un partido de este tipo pareciera ser algo de todos los días. A duras penas una pequeña palmada para el que anotó el gol es la recompensa.

El partido termina como muchos esperaban: 4-0 a favor de Real Bogotá. Más allá de colocar en la siguiente ronda a los campeones mundiales, es una razón

más para que los equipos que siguen en competencia tengan como objetivo principal vencer a estos fenómenos del microfútbol.

Definitivamente el 'Torneo de Marcas' del barrio El Tabora tiene un tinte especial que lo hace único en su especie. La organización dispuesta por Elber Becerra, el nivel de los 41 equipos que han pasado por el cemento de este lugar, el calibre que tienen jueces como Martínez y la calidad presentada día a día por jugadores como William Estupiñán ratifican el prestigio que tiene este campeonato a nivel local.

Sin importar quien se lleve el tan anhelado premio de dos millones y medio de pesos, es prácticamente un hecho que la escuadra ganadora contará con un prestigio que ningún dinero podrá comprar.

# Los Burros no comen ‘pasto’ en El Tabora

*Durante 15 años un equipo se ha posicionado como uno de los mejores del microfútbol bogotano. Entre sus filas militan jugadores como Andrés Balanta y Edwin Rivera, quienes encontraron en él una forma de salir adelante profesionalmente. En los cuarenta minutos que dura un partido de micro es posible conocer desde adentro la clave del éxito de este prestigioso quinteto. Conozca la historia de Los Burros.*

Cuando todo parecía transcurrir con normalidad, un ambiente de tensión y expectativa se tomó las graderías y los alrededores de la cancha de microfútbol del barrio El Tabora. Se habló toda la semana de este día, pero para muchos lo que estaba por suceder era algo irreal. A las siete de la noche, el narrador del campeonato anunció que en aproximadamente una hora uno de los mejores equipos de la competición estaría saltando al asfalto del ‘Torneo de Marcas’.

Mientras Javier -el comentarista- hacía el anuncio en su improvisada cabina de sonido, Marco Cubillos, un hombre de poca estura, de unos 80 kilos, sudadera negra y una gorra con el logotipo de una reconocida marca de utensilios deportivos, salió de su casa como si algo importante fuera a ocurrir. Tras recoger un pequeño maletín del comedor, este hombre, que cojea al caminar tras una antigua lesión en su rotula derecha, se acercó a los organizadores del certamen en busca de algún tipo de información.

Después de un par de abrazos con la gente que estaba allí, Cubillos dejó la actitud tímida con la que se había acercado al campo de juego y empezó a



repartir volantes. Los panfletos entregados por el particular sujeto, invitaban a la gente a ver el partido del equipo Los Burros contra Kinder a las 8:30 p.m.

El interés de Cubillos en el “cotejo” de ‘Los

Burros’ es fácil: él es mayor patrocinador del equipo. Gracias a lo bien que le iba

por esos días con su empresa MTC, especialista en motobombas, este sujeto pudo costear algunos de los gastos más importantes del quinteto en el 'Torneo de Marcas'. Desde el pago de la inscripción, la cuota diaria para los jueces, los uniformes, los transportes y hasta las bebidas. Todo iba por cuenta de Cubillos.

A medida que transcurría el tiempo, por lo menos 15 personas se acercaron a Cubillos con el ánimo de saludarlo. A pesar de recibir con una sonrisa a todo aquel que le habló, parecía tener una preocupación que sólo su reloj conocía. No pasaron más de diez minutos y el pequeño hombre había mirado por lo menos cinco veces su desgastado reloj de pulso plateado.

Cuando el sudor se había apoderado de su frente y un pequeño *tic* había aparecido en su hombro derecho, su Blackberry empezó a sonar. El vallenato de moda fue el mejor sonido que este hombre escuchó en años. Con un "¿por qué no cogieron un taxi?", Cubillos emprendió carrera hacia la panadería que quedaba diagonal a la cancha de microfútbol del Tabora. Su peculiar caminado sólo se vio opacado por el silencio que se apoderó de aquellos que estaban cerca de él justo después de la llamada que recibió.

Al llegar a la tienda, Cubillos levantó la mirada como si buscara un botín de guerra después de todo el alboroto que causó en la cancha de micro. Mientras sacaba su celular para hacer una llamada, un hombre moreno, acuerpado, de más o menos un metro con ochenta centímetros, jean y camisa azul, le tocó la espalda para saludarlo. Después de un intercambio de sonrisas y un fuerte abrazo, Marcos lo empujó y con un "muévete Negro, que tenemos que salir ya", el corpulento moreno comprendió que era hora de volver al espectáculo.

El gigantón era nada más y nada menos que Andrés Balanta, una de las figuras más emblemáticas de 'Los Burros' y ex jugador de la selección Colombia. El particular nombre de este equipo se debía



a la contextura de Jairo Becerra, fundador del quinteto. El señor Becerra decidió

crear hace 15 años el club y, con la ayuda de dos de sus hijos y un par de conocidos, probó suerte inscribiéndose en algunos torneos de la ciudad. Con esfuerzo, dedicación y un poco de suerte, el equipo logró posicionarse en la élite del microfútbol bogotano, en la que están equipos como Saeta, P&Z y Real Bogotá. Además de la popularidad con la que cuentan Los Burros, para muchos expertos de la disciplina, el conjunto se ha distinguido porque no le permiten siquiera respirar a sus adversarios, arrastran la marca con gran fortaleza y en el cuerpo a cuerpo logran quedarse siempre con el balón. Unas máquinas.

## **La fama no es gratis**

Balanta fue uno de los promotores más importantes del prestigio que adquirió el equipo con el paso del tiempo. Su experiencia de siete años lo hizo merecedor de grandes triunfos a nivel nacional. Tuvo la fortuna de participar en el torneo profesional de fútbol de salón durante dos temporadas. Además fue campeón con Los Burros de dos de los torneos más importantes del país, la copa Sol salud y el Torneo Mil Ciudades.

Sin necesidad de alardear de sus grandes gestas, Balanta alzó la mirada y con un gesto reunió a toda la tropa. En menos de dos minutos todo el equipo estaba a disposición de Cubillos, como si se tratara de un colectivo de empleados de la compañía de motobombas que dirige. Sin mayores protocolos, el pequeño hombre ordenó a los ocho gigantes que se agolparon frente a él para ir de inmediato a la cancha del Tabora.

Mientras Balanta y el resto de Los Burros discutían sobre cuál era la mejor manera de afrontar el partido de las 9:30 p.m., Cubillos miró de reojo su viejo reloj y como si se tratara de una pequeña revelación, le dio a entender al equipo que era momento de cambiarse porque faltaba poco para que el partido empezara.

Fue cuestión de unos cuantos minutos para que los cinco magos se transformaran y con un uniforme azul celeste con el logotipo MTC y medias blancas, estuvieran listos para saltar al terreno de juego. El calentamiento era lo de menos; un par de toques con el balón, los estiramientos de siempre y una voz de aliento por parte de su patrocinador fueron suficientes para que los jugadores estuvieran preparados para lo que estaba por suceder.

Estando frente a Kinder, el conjunto rival, las cosas eran a otro precio. La camaradería desapareció, pero la experiencia de tantos años impidió que el uniforme de Argentina de los contrarios intimidara a Los Burros. Un saludo poco cordial con estos y con los jueces de turno fue el detonante principal para que un ambiente de concentración extrema se tomara cada uno de los cuerpos

de los cinco sujetos que estaban por disputar un partido. Un juego que para muchos era el mejor de la semana, pero que para ellos era simplemente uno más del campeonato.

## **En la cancha se conoce la casta**

Sonó por fin el pitazo inicial y Kinder dominó las acciones en el inicio. Sin arriesgar mucho tocaron el balón sin margen para el error. Pases hacia atrás y por los costados parecían ser la fórmula de estos sujetos para terminar con la hegemonía de Los Burros en el grupo 5 del 'Torneo de Marcas'. El color azul de la camiseta argentina le daba cierta seguridad a los contrarios; de hecho, el estudio del partido durante la semana y la tranquilidad de no ser los favoritos



eran suficientes argumentos para desplazarse con libertad por toda la cancha.

No habían pasado más de cinco minutos y el arquero de Los Burros,

Luis Eduardo Herrera, ya había salvado al equipo de tres anotaciones. Este particular hombre de pelo corto, bigote y el aspecto de quien no parecía haber jugado microfútbol nunca, lleva en el club prácticamente toda su vida. Empezó desde muy pequeño y al igual que Balanta, logró conseguir grandes gestas con el equipo, entre las que destaca ser campeón de un torneo en Brasil y ser un profesional en esta disciplina. Poco a poco Herrera se convirtió en el guía de Los Burros para contrarrestar con paciencia la incansable ofensiva de los rivales.

Con el transcurso del tiempo más gente se agrupaba alrededor de la cancha del Tabora. Casi 100 personas estaban expectantes por lo que podía pasar con Los Burros aquel día. Unos cuantos gritaban animando a los experimentados sujetos, mientras que otros apoyaban con canticos a Kinder para que diera la sorpresa del campeonato: ¡vencer al mejor equipo de Bogotá!

Fue tanta la presión ejercida por Kinder durante los diez primeros minutos que el patrocinador Cubillos empezó nuevamente a sudar y a deambular por todas las esquinas del terreno de juego. Por su cabeza pasaban varios recuerdos, como la derrota sufrida por el quinteto en la edición 2010 de la Copa Mil Ciudades a manos de Itagüí, o algunos de los nefastos episodios que vivieron jugando en los diferentes polideportivos de la ciudad durante los últimos meses. Parecía que la magia, la fuerza y la experiencia de Balanta, Michael Paz y Edwin Rivera estaba siendo eclipsada por la sincronización en los pases y las ganas de triunfo de los novatos jugadores de Kinder.

Cuando todo parecía ser adverso, Balanta se proyectó por la banda derecha y al minuto 15 de la primera parte centró un pase a Paz para que este de cabeza pusiera a celebrar por primera vez en la noche a Los Burros. Era claro que el famoso pase de la muerte del corpulento moreno era una jugada de años. De hecho, en la tribuna hablaban de cómo este tipo de ofensivas les había dado grandes triunfos a estos dos jugadores en su paso por la liga profesional con el equipo de Saeta.

La celebración del gol fue lo de menos. Un apretón de manos entre Balanta y Paz fue suficiente para que el equipo se tomara confianza y empezara a contrarrestar el dominio de Kinder. Para los últimos minutos de la etapa inicial, las cosas parecían tomar el rumbo que desde el principio debían haber tomado. El público se entusiasmó y empezó a ver el partido que se prometía en los volantes entregados por Cubillos horas antes.

Como si se tratara de un equipo de voleibol, cada uno de los integrantes de Los Burros rotaba de posición. Por ejemplo, Balanta, quien era especialista en correr por las bandas, intercambiaba de función con Rivera, quien se encargaba de defender. El sistema de juego



empleado por el equipo era una idea aplicada por su creador, quien como jugador y entrenador aprovechó para obtener buenos resultados. Don Jairo,

como lo llamaban los integrantes del quinteto, les enseñó a sus hijos la manera de cambiar de función en cuestión de segundos. Para él, un jugador de microfútbol tenía que ser multifuncional, debía tener la capacidad de atacar y defender al mismo tiempo, en conclusión debería ser un todero dentro del terreno de juego.

Al finalizar la primera mitad el encuentro dejaba un claro dominador. Los Burros se habían adueñado del partido; con sus constantes ataques por las bandas y la seguridad proyectada por Herrera bajo los tres palos, dejaron pasmada a la afición que estaba viendo la cátedra de los cinco magos de uniforme celeste. Con alegría y cánticos, los fanáticos le hicieron entender al equipo su favoritismo entre las graderías.

En el entretiempo, Cubillos, quien se había ausentado de la cancha por unos minutos para cuadrar unos negocios por celular, les hizo saber a sus muchachos lo contento que estaba con su desempeño dentro del campo de juego. A medida que le entregaba botellas con agua a cada uno de los jugadores, como parte de lo que él llama el 'kit del deportista', este sujeto les daba un abrazo y una frase de felicitaciones. Parecía entonces que el 1-0 era suficiente para Cubillos, pero no para el ego de los cinco jugadores, quienes estaban un poco callados y preocupados porque la diferencia no era abultada y las oportunidades de gol no eran abundantes.

Tanto era el estrés y la tensión que se manejaba en el improvisado camerino, que Rivera empezó a moverse frenéticamente y a practicar cobros desde el punto penal. Al hacer esto, sus compañeros parecían recordar la nefasta semifinal que jugaron ante P&Z, otro gran equipo de la capital, en el torneo "Los doce Mejores". Desafortunadamente, tanto Rivera como Balanta erraron dos cobros desde los doce pasos y eso desencadenó la derrota del equipo días atrás en aquel certamen.

Con una leve sesión de estiramientos y un par de "piques" en velocidad, Balanta y sus compañeros estaban listos para afrontar el segundo tiempo. Como era de esperarse, el equipo arrancó los últimos 20 minutos con más energía y sin dar espacios para el ataque rival. Querían borrar como fuera el recuerdo de aquella semifinal ante P&Z y sin tener una postura ofensiva, el conjunto tocaba el balón con el ánimo de desgastar física y mentalmente a los jugadores de Kinder.

No pasaron más de cinco minutos de la segunda mitad y los jugadores rivales adelantaron sus líneas con el objetivo de presionar a Los Burros. Sin embargo, dicha presión parecía ser lo que andaban buscando los de Cubillos y con un pelotazo largo por parte del guardameta Herrera llegó la segunda anotación del

partido. Era evidente que a pesar de no estar satisfechos con la cantidad de goles anotados, Los Burros iban a jugar a lo que sabían y lo que durante años los ha hecho ganadores de tantos campeonatos.

Herrera celebró como pocas veces la anotación porque sabía que con dos goles de diferencia el partido iba a tener el ritmo que su equipo quería y al final las cosas iban a resultar a favor de ellos y de su patrocinador Marcos Cubillos. Desesperados con el dominio de Los Burros, los jugadores de Kinder probaron



suerte con disparos desde mitad de cancha pero los grandes reflejos de Herrera no sólo impidieron una anotación sino que lo transformaron durante el segundo tiempo en la figura del partido.

Sin tener ya la presión del marcador, el elenco de Balanta se dedicó a lo que mejor sabe, tocar con gran velocidad el balón y a disfrutar los minutos finales. Un par de piruetas de Paz y una que otra gambeta de Rivera deleitaron al público que se había quedado hasta el final del compromiso. Eran las diez de la noche y el árbitro pitó el final del compromiso con victoria 2-0 para Los Burros, quienes obtuvieron su tiquete automáticamente en la siguiente ronda del torneo; allí ya los esperaban equipos como Real Bogotá, entre otros.

No hubo tiempo para grandes festejos. De hecho, una vez el juez dio por terminado el partido el equipo se juntó y habló sobre los errores cometidos contra Kinder. Sabían que lo que venía no era nada fácil, pues el 'Torneo de Marcas' del Tabora había matriculado en su primera edición a lo más selecto del microfútbol bogotano. Balanta, uno de los veteranos del equipo, tomó la voz de mando y con "No podemos seguir cometiendo las embarradas de hoy" les dejó claro al resto de los jugadores que sólo con perfección se podrían coronar campeones del prestigioso certamen.

# El microfútbol que se juega con los ojos del corazón

*Concentración máxima, fuerza en las piernas y una gran habilidad auditiva, son algunas de las características que definen a la selección de microfútbol sonoro de Cundinamarca. Sus jugadores, si bien carecen de visión de forma total, tienen el alma de un profesional de la pelota. Su voz de aliento y esfuerzo ha retumbado en cada uno de los polideportivos en los que se han presentado. Conozca de cerca su historia.*

Desde hace más de siete años la cancha de hockey del Parque Nacional en Bogotá se ha convertido en el lugar de concentración de la selección de microfútbol sonoro de Cundinamarca. Sagradamente, sus 14 integrantes llegan al lugar para practicar una y otra vez lo que su entrenador Juan Carlos Castañeda les ha inculcado con el paso del tiempo y las experiencias. Los miércoles y los viernes durante una hora, este campo se convierte en un lugar único, un espacio en el que los invidentes sacan toda esa pasión que tienen por el deporte, en especial por la práctica del microfútbol.

Como cualquier otro equipo de micro, este ha recibido grandes goleadas pero también muchas alegrías. Por ejemplo, el quinteto departamental logró quedarse con la medalla de oro en los Novenos Juegos Deportivos para limitados visuales. Además, gracias a una gran campaña por el departamento



son el primer equipo en clasificarse a los juegos nacionales de este año, en Cúcuta. “La competencia va a ser difícil, siempre lo ha sido. Muy seguramente Valle estará allá pero creemos que el trabajo desarrollado

durante todo este tiempo nos dará la fuerza para pelear por el primer lugar”, comenta Castañeda mientras alista un su cronómetro y su pito para el entrenamiento.

La práctica cotidiana no varía en lo más mínimo. De hecho, los integrantes del equipo piensan que el tener una rutina rígida ha sido la clave para muchas de sus victorias. Un cierto miedo ronda la sesión cuando no sale como debe salir. A las tres en punto de la tarde los integrantes de la selección llegan al terreno de juego. Una sudadera azul y amarilla, que tiene bordado el nombre de su región en la espalda, y su bastón de guía son las armas principales para llegar al Parque Nacional.



Sin perder el tiempo, ellos se cambian y se ponen la indumentaria necesaria para saltar a la cancha. Como lo exige el reglamento B1 de microfútbol sonoro para personas con pérdida total de la visión, es necesario que se

venden los ojos para tener una igualdad de condiciones. Sin luz en sus ojos pero con un sistema de guía incorporado en su sistema auditivo, cada uno de los catorce guerreros se alista para el entrenamiento programado.

Además de maximizar sus cuatro sentidos, estos magos del balón sacan de sus maletas una pantaloneta, una camiseta, unos buenos tenis y hasta unas rodilleras en caso de accidente.

El reloj empieza a correr y la sesión de estiramientos arranca sin mayores complicaciones. Los comentarios sobre sus vidas cotidianas no faltan a la hora de calentar. Como si se tratara de un espacio sagrado, un espacio lleno de concentración, cada uno de los jugadores se despoja de sus celulares, relojes o cualquier aparato que los pueda interrumpir durante la hora que estarán en el terreno de juego.

La cancha de hockey se transforma entonces en un personaje más que se confabula para que estos magos del balón puedan practicar su disciplina en un lugar ideal. Tanto es así, que pareciera que los ingenieros del parque hubieran

pensado en el microfútbol sonoro durante la construcción del terreno de juego. Las mallas laterales de la cancha, las cuales no permiten que el balón se salga, les dan un sentido de orientación a las personas con limitación visual, son perfectas para la práctica de esta disciplina. El asfalto utilizado también encaja de manera idónea en las necesidades de estos deportistas. Sus tenis de suela de goma se adaptan magistralmente a las condiciones del piso. Y por último, como si no fuera suficiente, ¡los arcos son intercambiables! Las personas pueden cambiar los arcos por otros del tamaño que necesiten.

La sincronización del quinteto se nota hasta en la adecuación del terreno de juego para su entrenamiento. Al ser demasiado pequeños los arcos de Hockey, tienen que retirarlos para poner unos que sean más amplios. A punta de comandos de voz como “Ustedes adelante y cuatro pasos a la derecha” son los mismos incidentes los que transportan sus porterías dentro y fuera del terreno de juego.

Una vez están colocados los arcos en sus lugares y la sesión de estiramientos terminó, comienza el entrenamiento en su etapa más importante. Castañeda saca de su maleta un tablero en el que tiene un diagrama con la ubicación de cada uno de los jugadores dentro de la cancha. Suena un pitazo inicial y los jugadores ya han conformado dos equipos (uno de titulares y uno de suplentes) para arrancar un amistoso.

## **Se juega con GPS humano**

En el microfútbol sonoro los guardametas son los únicos que cuentan con sus cinco sentidos a plenitud. Gracias a que cuentan con visión total de lo que ocurre en el campo, estos arqueros se transforman en los guías permanentes de los jugadores. Sus ojos se convierten en los de sus cuatro guerreros en el terreno de juego.



No es extraño escuchar frases como “Pisa y busca el balón”, “Córrete 9 pasos a tu derecha”, “¡Al balón!”.

Durante el entrenamiento, estos arqueros se convierten en dos entrenadores más. Con el ánimo de progresar y siempre apoyar a su equipo, estos personajes corrigen las jugadas y el planteamiento táctico de su escuadra. Al ser los capitanes también se transforman en formadores deportivos. Trabajan sin parar en la psicología de sus jugadores, forman carácter y enseñan a sus compañeros a manejar las presiones que tiene cualquier deportista de alta competencia.

Una y otra vez, el entrenador Castañeda trabaja en el transporte de la pelota y en la efectividad de los pases. Con juegos como “el equipo que no haga más de cinco pases antes de disparar al arco...” este joven técnico le inculca un sello, una personalidad de juego a sus dirigidos.

Después de media hora jugando y moldeando el equipo en el tema del manejo colectivo, el entrenador cree que la base del éxito de sus dirigidos también recae en la rápida recuperación que tienen de la ‘esférica’. Como un catedrático universitario, escribe en un papel un plan para ser más fuertes y sólidos en este



aspecto. “Con una sola palabra (¡Voy!) y rapidez en sus piernas, los jugadores pueden recuperar la pelota. Hay que ser contundentes, tratar de no dudar cuando se quiera ir por ella. El que duda pierde en

este o en cualquier deporte”, apunta Castañeda mientras vigila de reojo lo que hacen sus pupilos.

El trabajo con pelota parada tampoco es ajeno a las prácticas cotidianas del equipo. Al ser un deporte en el que las personas no cuentan con el sentido de la vista, las faltas no se hacen esperar. Golpes con las rodillas y las manos, una que otra zancadilla y la típica halada de camiseta son las infracciones más comunes

en este deporte. Los tiros desde el punto penal ocupan un espacio vital durante la hora de entrenamiento.

El momento de cobrar se hace especial. Parece que los jugadores se aíslan de su realidad por un momento y se imaginan una visión panorámica de lo que hay en frente de ellos. La ganas de vulnerar la portería contraria, la pasión de poder gritar un gol y el poder correr para celebrarlo, se toman los cuerpos de estos micreros. El silbato de Castañeda es el sonido que los libera. Una vez se escucha, el jugador emprende una carrera hasta el balón y con un zapatazo seco dispara con dirección de gol. En el instante en el que el pie impacta la esférica, las limitaciones visuales no existen. El arquero queda frente a un deportista como cualquier otro en busca de un objetivo: ¡el gol!

## **Hasta el balón tiene su propia historia...**

La práctica del micro sonoro no ha sido fácil en Colombia. Uno de los jugadores más reconocidos y que ha seguido muy de cerca todo el proceso de transformación de este particular deporte ha sido Hermes Cely. Este personaje



actualmente trabaja en el área administrativa del INCI (Instituto Nacional para ciegos). Su aspecto no llama mucho la atención. No es muy alto, su pelo es corto y negro y su vestimenta es como la de cualquier oficinista promedio. Chapado a la antigua y con un temperamento complicado, a Cely se le conoce como una de las leyendas vivas de esta disciplina. Gracias a él se cuenta con un elemento indispensable para la práctica del microfútbol en esta modalidad: el balón.

Don Hermes, en compañía de algunos amigos cercanos, durante su juventud pensó en la manera de poder disfrutar de la pasión que genera el fútbol en sus

fervientes seguidores. No le bastó con asistir a los encuentros que se disputaban en su barrio, para él, era necesario poder sentir una pelota, poder hacer un pase, lograr correr por la paralela para finalmente proyectarse para anotar un gol.

Un día cualquiera él y sus amigos decidieron que las ganas eran demasiado fuertes para seguir esperando una ayuda celestial que les permitiera practicar el deporte que tanto aman. Con limitación visual pero con una gran creatividad, decidieron una tarde de martes juntar un par de latas y empezar a patearlas en la cancha del barrio. El fuerte sonido que estas hacían contra el pavimento era perfecto para que la ubicaran dentro del terreno de juego. Con el paso de los días se percataron de la mala condición que adquirirían las latas con el paso del tiempo. Con dos o tres golpes estas se arrugaban y era cuestión de minutos para que no sirvieran más.

Sin mayores soluciones a la mano Cely y sus vecinos decidieron intentar jugar micro sonoro con latas de betún. Si bien estas carecían de una forma circular, su simetría se asemejaba a la de un disco con los que se juega hockey. Al ser plano rodaba de manera vertiginosa produciendo más emociones durante los partidos. Su sonido era inconfundible y constante. Mientras más se pateaba, más datos auditivos recibían Luis y sus amigos para poder jugar.

Tanto Hermes como sus improvisados deportistas fueron creciendo y su capacidad de ingenio también lo hacía. Rápidamente se cansaron de las famosas latas de betún e intentaron probar con balones normales. Su afición fue tal que

para mediados de los 70 viajaron a Monguí, una población boyacense famosa por la producción de balones, con el fin de fabricar una pelota de acuerdo a sus necesidades. “La idea era que nos hicieran un balón que



tuviera en el interior algún tipo de cascabel. Lastimosamente nadie supo cómo fabricarlo o por lo menos nadie se atrevió a fabricarlo por el tema de la presión

del aire que deben tener los balos en su interior.”, sostiene Cely mientras toma un poco de agua.

Resignados los padres del micro sonoro, como los llaman las nuevas generaciones, volvieron a Bogotá para seguir practicando con las latas de betún. Con las esperanzas por el piso pero con una pasión que corre por las venas, decidieron intentarlo una vez más. Fue entonces cuando salieron a la venta y se popularizaron los famosos balones de plástico. Dichas pelotas eran económicas y bastante fácil adquirirlas pues se conseguían en cualquier almacén de cadena. Felices de haber encontrado un balón que se podía modificar, Hermes y sus compinches empezaron a moldearlo de acuerdo a lo que ellos querían: un balón que sonara.

Con un tubo de PVC caliente empezaron a abrirle huecos al balón para introducirle los famosos cascabeles con los que los gatos suelen jugar. Una vez adentro los cascabeles, los orificios en las pelotas eran sellados con cinta. La idea era simple, pero funcionaba de maravilla. El balón adquiría peso y por



ende se jugaba a ras de piso. El sonido era fuerte y constante.

El uso de este tipo de balones se popularizó entre aquellos invidentes que querían practicar el microfútbol. Sin embargo, con el paso del

tiempo y la globalización llegó al país una pelota de cuero totalmente modificada en Brasil y, lo mejor, gratis. Los presos en dicho país tienen entre su sistema de resocialización, la posibilidad de pertenecer al equipo que fabrica dichos implementos deportivos para las personas con limitaciones visuales.

## **Un equipo lleno de personalidades**

Como cualquier equipo de microfútbol, este cuenta con un grupo de personas que en sus quehaceres diarios son totalmente distintos. Para empezar está Luis

Castañeda, o Don Luis, como lo llaman sus compañeros de equipo, quien es el más veterano de los catorce que conforman la plantilla. Además de ser una de las leyendas vivas de este deporte, pues fue uno de los primeros que lo practicó con las famosas latas de betún es además el padre del entrenador Juan Carlos Castañeda.

Los lazos familiares desaparecen cada vez que hay un partido o un entrenamiento. Durante la hora que se practica, el que manda y da las órdenes es Juan Carlos, mientras que Luis es el que acata las normas como si hasta ahora estuviera aprendiendo a jugar. Este experto micrero es un letal goleador desde el punto penal. Su efectividad al frente del área chica es inigualable. Su entrega por el microfútbol tampoco se compara con la de los demás. Si bien el paso de los años no ha sido gratuito y las piernas ya no le responden de la misma manera, este señor es el primero que entra y el último que sale de la cancha, trata de correr cada pelota sin importar que tan lejos esté y grita como si cada entrenamiento fuera el último del año.

Por otro lado, está la nueva generación de jugadores. Edwin es un estudiante de periodismo de la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Su sueño es convertirse en uno de los periodistas radiales más importantes a nivel nacional. Entre sus grandes ídolos profesionales está Salud Hernández y María Jimena Duzán, a



quienes admira por lo que según él, es un verdadero periodismo político y de denuncia. Siempre sale de clase con la actitud deportista. Para él, el Parque Nacional es el escenario donde sus sueños se hacen realidad

dos días a la semana. Allí puede sacar toda esa adrenalina que lleva por dentro y es por eso que escogió el micro como una vía de escape a su realidad diaria. “Con el micro me libero. Me encanta poder gritar un gol, festejarlo a más no poder. Aquí siento que no tengo problemas, que la vida vale la pena, que puedo

ser feliz y que tengo un compromiso con el deporte”, asegura Edwin mientras descansa un poco luego de la primera mitad del entrenamiento.

Uno de los jugadores que más llama la atención es Antonio, alias “Toñito”. Este particular sujeto es mariachi y se gana la vida tocando el violín en su grupo de música mexicana. Casado pero sin hijos, ‘Toñito’ perdió la vista a los cuatro años de edad luego de una errada cirugía de cataratas. A pesar de las dificultades y los tropiezos que ha tenido a lo largo de su vida, este no ha dejado de lado su pasión por el fútbol. Tanto es así, que aún viviendo en Facatativá este músico se toma el trabajo de ir hasta el Parque Nacional para encontrarse con sus compañeros de equipo sin importar a la hora que sea.

“Toñito” es defensa central y su contextura física sí que avala su posición dentro del terreno de juego. Al ser un hombre moreno, robusto con piernas y brazos grandes imposibilita el paso de sus adversarios. Siempre está pendiente de las indicaciones de su entrenador pues, como dice Castañeda, “si no pasan a “Toñito” nos vamos en ceros en nuestra portería”.

## **El ‘crack’ del equipo**

Sebastián Zárate parece todo menos un jugador de microfútbol. Su condición física no parece reflejar lo que en realidad puede hacer con los pies en el terreno de juego. Está pasadito de kilos, le duelen en ocasiones las rodillas y no es de los que sale a trotar todas las mañanas por el parque. Por el contrario, su

cotidianidad gira en torno a un negocio de cabinas telefónicas en el barrio en el que ha pasado toda su vida.

En su pequeño local, ubicado en la localidad del 20 de Julio en Bogotá, este hombre de 25 años de edad atiende a sus



clientes con la amabilidad que estos merecen. Sin visión desde hace 16 años,

Sebastián se vale de sus otros sentidos para no tener que depender de nadie y así poder atender el negocio en las mañanas. Su audición y su memoria se han convertido en sus grandes compañeros de batalla. Día a día con sonidos y apelando a recuerdos, Sebastián logra hacer sus quehaceres dentro y fuera de su hogar.

Una vez termina lo que él denomina su jornada laboral, alista una pequeña maleta con los utensilios necesarios para su práctica deportiva con el equipo de Cundinamarca. Un par de tenis, sus rodilleras azules de la buena suerte, la camiseta del quinteto y las vendas para cubrirse los ojos, ya están empacadas. Con la puntualidad que lo caracteriza dentro del equipo, este joven sale de su casa rumbo al Parque Nacional. En el paradero escucha atentamente a las personas que están a su alrededor y de acuerdo a su intuición escoge la voz que más seguridad le transmita. Con un “¡Disculpe! Usted me podría avisar cuando venga un bus que vaya por la séptima”, Sebastián logra tomar el transporte que lo deja justo al frente del lugar de entrenamiento.

Apurado por la hora y por los trancones que tuvo que soportar por el camino, este llega a la cancha con el ánimo y el entusiasmo que lo han caracterizado a lo largo de los nueve años que lleva en el equipo. “Por allá en el 2003 estaba



jugando en el parque del barrio con unos amigos y conocí a Don Luis, quien tiempo después me preguntó si quería ser parte del equipo de micro y le dije que sí. Desde ese entonces hago parte de la selección de

Cundinamarca”, sostiene Sebastián mientras se pone los vendajes que le cubren de la mitad de la nariz hacia arriba.

El respeto por este jugador se toma el área de la cancha de hockey. Sebastián es uno de los mejores jugadores no solo del equipo, también integra la selección Colombia de microfútbol sonoro. Su palmarés es envidiable. En el 2007 conformó el equipo nacional en los Panamericanos disputados en la ciudad de

Rio de Janeiro en Brasil. Con unos años más de experiencia y una madurez inigualable, se unió al quinteto colombiano en la Copa América de 2009 disputada en Buenos Aires, Argentina.

Para el 2010 logró lo que cualquier futbolista desea: vestir la camiseta de su selección en la Copa del Mundo que se celebró en Inglaterra. En la cita orbital, Colombia, de la mano de este gran deportista, obtuvo el quinto puesto. No siendo suficientes las gestas conseguidas por Sebastián, en el 2011 decidió unirse al grupo colombiano en los Panamericanos de Guadalajara. En ellos, consiguió, junto a sus compañeros, quedarse con la medalla de bronce en la modalidad de fútbol de salón para limitados visuales.

A pesar de los grandes logros obtenidos por Zárate, él salta al terreno de juego con la misma humildad que sus compañeros del equipo departamental. Muy atento escucha las indicaciones del entrenador Castañeda.

## ¡Hasta el próximo entrenamiento!

La hora pasa volando y el cronograma de Castañeda para la jornada no se ha completado. Todavía falta la preparación de uno de los partidos que el equipo disputará en la Universidad Javeriana en los próximos días. En un ambiente de camaradería, los jugadores analizan a su rival. Al no tener el sentido de la vista, se han vuelto muy buenos investigando por medio de conversaciones o rumores que suenan por aquí y por allá.

Sin miedo y con franqueza varios de los jugadores aceptan las virtudes del equipo rival antes de evaluar las fortalezas con las que cuenta el quinteto. Según Christian, otro de los estandartes del equipo, los contrarios destacan por sus lanzamientos desde fuera del área, lo cual convierte a



“Toñito” en una pieza clave si se quiere conseguir la victoria. “Tienen que estar

muy atentos allá abajo. Un tiro y esos manes nos hacen gol. La idea es que los bloqueen y salgan a marcar siempre que se te diga”, le dice el director técnico a su saga defensiva.

El sol empieza a caer y la práctica del día termina. Ya es hora de que los jugadores de hockey se tomen la cancha para su entrenamiento cotidiano.

Como si se tratara de un grupo de héroes, los integrantes del equipo salen aplaudidos por el esfuerzo y la entrega que dieron durante la sesión. Felices y con cierto aire en la camiseta, salen cada uno de los jugadores hacia la tribuna donde se encuentran sus objetos personales.



Mientras se cambian, Sebastián, “Toñito”, Edwin y los demás jugadores empiezan a planear su regreso a casa. Una parada en la tienda de la esquina por algo de tomar y una ensalada de frutas son el combustible ideal para retornar a sus hogares.